

LA REALIDAD PERDIDA Y LO REAL ENTREVISTO: LOS ENSAYISTAS DEL EXILIO EN LOS LABERINTOS DE LA IDENTIDAD

Ricardo TEJADA¹
(Université du Maine, Le Mans)

Quisiera adoptar en esta contribución un punto de vista a contracorriente de los usualmente adoptados, con algunas excepciones, cuando se habla del exilio y de la situación vital del exiliado. Creo que un error generalizado es el de caracterizarlos y definirlos a base de negaciones. El exilio, dicen, no es plenitud, sino amputación de algo. El exiliado no experimenta estados mentales realmente sanos, sino que hay algo en él de patológico, de neurosis, una nostalgia exacerbada que le hace ver las cosas de una manera idealizada o, peor aún, sesgada. El exilio —se dice implícitamente— no es tampoco la condición normal del ser humano, la de tener una nación, una patria, con la cual identificarse; al contrario, desprovisto de patria quiere tenerla en él sin tenerla afuera. La condición exiliaca —tal y como la ven bastantes críticos y detractores del exilio, comentaristas e, incluso, estudiosos del tema—, retrata, en una palabra un modo de ser enfermizo, apátrida

¹ Ricardo Tejada. Université du Maine, Le Mans; groupe de recherche *Marges*, Université Lyon 3.

o "multipátrida", si se me permite la expresión, de alguien que está falto de algo.

Es probable que en determinados fenómenos del exilio, en concreto, del exilio republicano español, nos encontremos con un cuadro semejante al aquí esbozado, y caricaturizado un poco, pero creo que ganaríamos mucho en comprensión y en generosidad, (que no creo que pueda haber lo uno sin lo otro), si entendiésemos que el exilio, el exiliado, se define y se le puede definir positivamente, a saber, un modo de estar y de actuar en el mundo, frente al cual no tengamos que compadecernos o que minusvalorar. Más veces de lo que pensamos tenemos la tendencia a ofrecer un cuadro clínico parecido al retratado inicialmente, pero no nos damos cuenta de que puede servirnos a veces para mitificar o idealizar el exilio, involuntaria o inconscientemente y para confortarnos en nuestra situación no exiliada, pero también hay que señalar que a otros les sirve para dar el cerrojazo histórico a una página que no por ser memorable tiene que dejar paso, según ellos, a la fastuosa democracia en la que vivimos. Y es que ni la mitificación del régimen actual ni la del exilio pueden ofrecernos ventanas suficientemente válidas para comprender qué fue el exilio y, sobre todo, qué queremos hacer con él, ahora, en estos inicios balbucientes y convulsivos del siglo XXI. Afirmar que los que nos ocupamos del exilio nos servimos de una épica con el fin de sobrellevar mal o peor unos tiempos desabridos, y demasiado postmodernos a decir de algunos, puede ser entendido como algo un poco cínico, aunque la intención no lo sea. Me gustaría pensar que al estudiar y comprender mejor de una manera cada vez más fina el exilio no sólo lo hagamos con el ánimo de reconciliarnos con un pasado olvidado o ninguneado; antes bien, recuperemos pistas para un mundo mejor aquí y ahora, pues de eso se trata, que somos —no lo olvidemos— universitarios y ciudadanos indisolublemente unidos, aunque *de iuris* los distingamos.

Creo que es conveniente recordar estas cosas pues los mismos exiliados son conscientes de una doble condición, la de estar desprovistos de algo y la de estar llenos de algo. Federico Álvarez, con su habitual perspicacia, incide en esta doble condición cuando habla de "enriquecimiento y de carencia" y es que esa "pena sorda metida en el cuerpo", como muy bien lo expresa él, acrecienta en el exiliado su capacidad de indagar en el mundo plurinacional en el que vive. La

"anormalidad de lo nacional" en el exiliado de la que habla sólo sería cierta si presupusiésemos un mundo constituido de naciones enteramente homogéneas, y eso no ocurre ni siquiera en una de las más homogéneas, hablo de Francia —homogénea, sobre todo, por los valores republicanos que la articulan—, siendo aún menos homogéneas en el siglo XXI en el que vivimos. De cualquier forma, lo más importante es saber que cuando un exiliado lucha con uñas y dientes en procesos emancipatorios, cuando se interroga o divaga sobre el mundo que le rodea, cuando se zambulle en un proceso creativo, es la segunda condición, la de enriquecimiento, la que se impone sobre la primera.

Cuando Víctor Hugo estuvo desterrado en las islas anglonormandas por Napoleón III, "el Pequeño", o más bien "el Enano", como lo llamaba el escritor francés, tuvo ocasión de escribir un ensayo, *¿Qué es en verdad el exilio?*, que es un prodigio de condensación de lo que estamos queriendo decir. Después de subrayar que el exilio deja al desterrado en una soledad absoluta, en un desierto fuera de la ley (figura que María Zambrano desarrollará un siglo más tarde, aproximadamente, con particular agudeza), es decir, no sólo desprovisto de derecho, sino también silenciado y vilipendiado con toda impunidad, afirma con plena conciencia y orgullo lo que hay de grande en el exilio: "soñar, pensar, sufrir". Y añade:

Estar solo y sentir que uno está con todos; abominar del éxito del mal y, al mismo tiempo, lamentar la felicidad del malvado; afirmarse como ciudadano y purificarse como filósofo; ser pobre y reparar su ruina con su trabajo; meditar y premeditar, meditar el bien y premeditar lo mejor; no tener otra cólera que la cólera pública, ignorar el odio personal; respirar el vasto aire vivido de las soledades, absorberse en la gran ensañación absoluta, mirar lo que está arriba sin perder de vista lo que está abajo; no forzar nunca la contemplación de lo ideal hasta el olvido del tirano; constatar en uno mismo la magnífica mezcla de la indignación que se acrecienta y de la serenidad que aumenta; tener dos almas, su alma y la patria. (Hugo 67-68)

Este magnífico pasaje nos muestra en un abrir y cerrar de ojos lo que de tremendamente positivo tiene el exilio. Quisiera subrayar algunos aspectos de la posición de Hugo: 1) el exilio parece provocar una despolitización del que lo padece, pero, en realidad, da cuerpo a la condición de ciudadano, (por así decirlo, la *Res publica* la lleva uno en

sí mismo), no porque puede ponerla en práctica, ejercerla realmente, sino más bien porque le da una encarnación palpable, que es vida política y no disfraz circunstancial que se pone uno en la escena pública; 2) el exilio depura y amplía el horizonte de lo real, hace ver mejor lo ínfimo y lo grandioso, lo mezquino y lo digno, lo íntimo y lo nacional; el dolor queda en parte supurado por la dignificación, la entereza moral y la amplitud de miras que crea; 3) el exilio hace de los que lo padecen, pobres de bienes y de tierras, pero ricos de experiencias, purificados de vanidad, enciclopedismo y saber, es decir, en definitiva, filósofos en ciernes.

El exiliado tiene, por supuesto, algo del sentir de Ovidio, esa modalidad de vivir de un modo negativo y afligido el exilio, pero nos olvidamos pensar que tiene mucho de esas palabras atribuidas a Sócrates por Plutarco, extraídas por el malogrado Claudio Guillén con gran sagacidad. Decía el ágrafo filósofo griego que no era ni ateniense ni griego, “sino ‘cosmio’ (*kósmios*), así como se dice ‘rodio’ o ‘corintio’” (Guillén 21). Esta modalidad positiva de vivir el exilio, Guillén la adscribía a los estoicos y cínicos. Y cuenta que a Diógenes le echaron en cara su exilio y que les dijo: “pero por este motivo, desgraciado, vine a filosofar”. Y cuando, en otra ocasión, alguien le recordó que los de Sinope le habían condenado al destierro, respondió con la cabeza bien alta: “y yo a ellos a que siguieran en su ciudad” (Guillén 17).

La filosofía se practica, históricamente hablando, deslocalizándose de la ciudad, desproveyéndose de todo territorio, (lo expusieron muy bien en su momento Deleuze y Guattari en *¿Qué es la filosofía?*), desterrándose de todo soporte patrio, matrio, original, para desenterrarse y enterarse, no para enterrarse, parafraseando a mi manera a Bergamín, aunque él, en su genial contradicción existencial, y sobre todo política, pocas veces lo llevara a cabo en sus posicionamientos concretos en la plaza pública.

Es verdad que el exiliado es un “objeto volante” difícilmente identificable y como todavía hacemos uso, unas veces inconsciente, en otros casos conscientemente, de categorías que nos vienen de Aristóteles y Santo Tomás y si me apuran de Tubal y de las Walquirias, castamente casticistas, y algunas veces tanáticas, en las que lo que no es negro es blanco, la noche donde los gatos son todos pardos, unos más castaños que otros, quizá algunos atigrados, nos parece una noche

incómoda. Es incómoda ser y no ser, pero es que no hace falta únicamente recurrir al “vivo sin vivir en mí” teresiano para comprender que la luz, según Niels Bohr, es onda y corpúsculo o que la individuación orgánica, como lo vio Gilbert Simondon, nos muestra estadios donde algo no es ya una masa informe sin ser todavía un individuo.

Corpus Barga, después de reconocer que echaba en falta Madrid, su “cielo alto, seco”, confiesa: “he nacido para vivir desterrado, disparado por un cañón para caer, después del vuelo, en donde debe exactamente colocarme. Todavía no me he situado. ¿Me situaré alguna vez?” (Álamo Triana 67). Así pues, el exiliado no sabe dónde situarse, duda de si estará alguna vez situado, está “desituado”, si me permiten el neologismo. Y esta dificultad de situarse se explica en parte por el hecho de que “el desterrado es un hombre fronterizo —como bien lo dijo Juan Rejano. Agita sus manos sobre un puente interminable. Está entre dos tierras o entre dos mares. Entre la sombra y la luz”. Es una especie de lagartija entre dos grandes peñascos, y añadido, entre las renidijas múltiples de la roca en la que vive. O como dijo el mismo escritor en otra ocasión: “somos una especie de mestizos, no de la sangre, sino del espíritu” (Rejano 134). El problema es que a estas alturas del siglo XXI no nos podemos permitir el lujo de seguir pensando en términos de castas, de pureza, cuando los cementerios están llenos de apellidos de origen diverso, cuando nos entranamos tantas tierras diferentes, tantos seres queridos de orígenes distintos, cuando somos realmente criollos, algo más y algo menos que esa “raza cósmica” de la que hablara Vasconcelos, es decir hombres y mujeres, sin más.

Indudablemente, hay dos tendencias paralelas en el exilio, la de la afirmación nacional y la de la adaptación a la tierra ajena. Con el tiempo la primera baja en intensidad y la segunda se va imponiendo poco a poco. Aquellos que, como Blanco Aguinaga, han hablado de un españolismo en un sector no despreciable del exilio, incluso en ciertas actitudes y versos de un Luis Cernuda, de signo humanista, democrático y antifranquista, ojo, no al modo como usualmente se ha empleado este término en esta tierra, tienen toda la razón en decirlo.² Hay incluso un esencialismo extremo en algunos textos de los años cuaren-

² Consúltense de Blanco Aguinaga todos su excelentes *Ensayos sobre la literatura del exilio español*. El Colegio de México, 2006.

ta, por ejemplo, en Sánchez Barbudo o en Zambrano.³ Me atrevería a decir que en esta época encontramos casos parecidos en sectores intelectuales del nacionalismo vasco y catalán en el exilio. Pero también, al mismo tiempo, los que se iban quedando en el país de acogida, se dejaban albergarse en la mano tendida, se les metía el país poco a poco, como lo ha señalado el mismo Blanco Aguinaga en dicho artículo. El exiliado luchaba entre dos fuerzas opuestas de signo distinto, la de aquellos que les invitaban a “fundirse con la nacionalidad mexicana”, como les instaron algunos mexicanos a los del Sinaia, y la de los cancerberos del régimen franquista que después de acusarles de resentimiento les invitaban a volver, a olvidar, a arrepentirse y a contribuir en la tarea de la nueva España supuestamente imperial. Entre estas dos fuerzas antagónicas había todo tipo de variedades intermedias en el interior y en el exterior, en función de cada momento histórico del exilio, como muy bien lo ha visto Fernando Larraz recientemente. Y el exiliado, ¿qué hacía?, ¿cómo se iba sintiendo, situándose, en el vilo del exilio? ¿Integrarse y asumir la patria de adopción? ¿O seguir emperrado y enquistado en la patria perdida? Ninguno de los dos casos existió realmente, sobre todo, el primero. Un filósofo como Ramón Xirau, plenamente integrado en México, ha continuado no sólo escribiendo poemas en catalán, sino incluso teniendo su mirada poética clavada en el Mediterráneo, en sus encinares y calas. Un irreductible español, incluso cuando fue irreductiblemente en favor de su pueblo vasco, como Bergamín, cuya patria nunca fue el exilio, como fue el caso de Zambrano, consiguió empaparse de Nietzsche y de Pascal, de tierras mexicanas, uruguayas y francesas, no demasiado, aunque dichos filósofos ya los llevaba en la maleta al partir al exilio.

³ Me refiero, por ejemplo, a *Una pregunta sobre España*, México: editorial Centauro, 1945, del primer autor, y al artículo de la segunda, «Ortega y Gasset, filósofo español», Revista *Asomante*. San Juan, Puerto Rico, 1ª parte en el n°1, vol. V, (enero-marzo de 1949): 5-17; y 2ª parte, en el n°2, vol. V, (abril-junio de 1949): 6-15. (Publicadas ambas partes, con algunas modificaciones y mejoras, con el mismo título, en *España, sueño y verdad*, Siruela, 1994, 81-109). De María son estas palabras pertenecientes a este texto: “La historia de España no sigue a la del resto de Occidente; nuestro tiempo no es su tiempo, vamos antes o después, o antes y después —lo cual es tragedia—. España no ha aceptado su historia”.

El volumen coordinado por José Ángel Ascunce y María Luisa San Miguel, *Los hijos del exilio vasco: arraigo o desarraigo*, no deja de confirmar, a mi modo de entender, esta "identidad" acrisolada del exiliado. El escritor Calzada se sentía en los años 50 "un bicho raro, un sujeto vasco-español-argentino", de lo que se sentía "orgullosa", identidades a las que añadirá más tarde la de paraguayo. Nere Garate dice tener "dos patrias", pero no dos personalidades y lo compara con una estalactita que desde el techo alcanza a tocar el suelo. García Bacca confiesa haber estado secuestrado entre 1911 y 1938, en España, primero psico-somáticamente, segundo, por dogmas religiosos, tercero, por normas, cuarto, literariamente por tener que estudiar y hablar casi siempre en latín. El exilio no podía ser para él un encierro, sino más bien lo contrario. En una ocasión comentó a José Bergamín que era navarro, vasco, aragonés, castellano y catalán, en definitiva un "chivo" que ha "mamado de muchas cabras", tal y como lo resumió su interlocutor con su característica agudeza bromista. Identidades a las que habría que sumar las de español y venezolano. Xabier López Mendizabal insiste en que todos ellos tienen un guión como definitivo de su identidad: vasco-españoles, vasco-chilenos, etc. En fin, Blanco Aguinaga resumía sus impresiones en "Por el mundo" constatando que era una persona "descentrada", identitariamente hablando. Vemos así en este apretado repaso que la acrisolada identidad del exiliado consiste en sumar, no en restar, en carecer de un centro, siempre en una "ex-centricidad", en un "entre" esto y lo aquello, no forzosamente cómoda a veces, pero siempre enriquecedora.

Jordi Gracia parece en su último libro estar apegado a la idea de extravagancia cuando considera el exilio republicano. No está éste conectado a la realidad española, no comprende nada de lo que pasa, no se adapta al correr de los tiempos, etc. Llega incluso a afirmar que la voluntad de Juan Ramón Jiménez de no regresar a España era "casi extravagante" (140, 187 y 192). Sospecho —ojalá me equivoque— que peca de historicismo y de falta de generosidad en estos juicios, pues sólo ve el lado actual de la evolución histórica de la literatura, sin caer en la cuenta de su aspecto inactual, intempestivo, eternamente descolocado respecto a su tiempo, que es lo que a un poema, a un ensayo, a una novela, le puede otorgar precisamente su incapacidad de envejecimiento,

su eterna y renovada juventud.⁴ Sin embargo, yo asumiría, en un sentido positivo, literal, esta idea de extra-vagancia, como un movimiento divagatorio, de "vacancia", tan característico del ensayo, por cierto, que hace de la identidad en la experiencia exílica un laberinto por recorrer y nunca un punto de partida o de llegada porque, como dejó escrito María Luisa Elío, en su memorable *Tiempo de llorar*: "Y ahora me doy cuenta que regresar es irse" (19). La identidad no nos espera nunca a la vuelta del camino; más bien la vamos haciendo irreconocible.

En este sentido, diría yo, que el problema de la integración del exiliado en el país de acogida existe en tanto que marcha difícil por el sendero empedrado de códigos sociales, políticos y culturales de un país ajeno, que más tarde o más temprano pueden ser descodificados, aprehendidos, situados en la vida de cada cual con el fin de "negociar", por así decir, entre ese país y el refugio de un encuentro consensuado o, simplemente, la prolongación serena de una estancia no querida. Vivir donde uno no quiere es un constante y, a veces, extenuante forcejeo entre la realidad que uno debe aceptar y lo que uno desea profundamente. Pero lo decisivo es aquello que no puede ser descodificado ni deshilvanado pacientemente: la dura realidad en su implacable presencia. Ortega ya había dicho antes de la Guerra Civil que la realidad es lo que se resiste y ponía el ejemplo del interruptor que no funciona, que es cuando caemos en la cuenta de su insidiosa resistencia (88-89). Creo, precisamente, que en buena parte de los

⁴ Cervantes no fue actual en su tiempo y, sin embargo... Pongamos un ejemplo más cercano en el tiempo. El que Aranguren, en los años cincuenta, insistiese, con gran capacidad de comprensión, en que el protestantismo era también otro modo de vivir el cristianismo, otro talante, viniendo a decir implícitamente que era otra religión legítima, tenía mucha importancia en su momento, como llamada de atención al monolitismo nacional-católico, pero para nosotros, hoy en día, nos parece una evidencia, que, fuera de nuestras fronteras, fue vista ya por... Erasmo, desde el siglo XVI. Los textos de Aranguren sobre esta cuestión se han convertido en textos de interés histórico, pero de poco interés ya filosófico, mientras que las exploraciones zambranianas sobre los orígenes poéticos de la filosofía o sobre la dualidad sagrado/divino en las religiones antiguas aportan todavía hoy en día mucho a la reflexión filosófica y antropológica. La inactualidad del exilio «vence» así a la larga a la «actualidad» del interior, máxime en un país anacrónico como era la España franquista.

ensayistas exiliados el problema central no es el integrarse, sino el *reintegrarse en el fondo de la realidad* y sólo puede uno reintegrarse en él cuando uno ha saltado por encima del carácter mostrenco de la realidad para *ir hacia lo real*, en todas sus diversas formas. Es muy curioso pensar que, en aquellos años, Xavier Zubiri estuviese dándole vueltas a un modo de aprehensión de lo real que llamaría más tarde la “inteligencia sintiente”. Sin embargo, lo que en el maestro donostiarra estaba todavía expresado en una maquinaria conceptual todavía bastante escolástica, pese a la lectura muy lúcida de la fenomenología, se manifiesta en el exilio con una apremiante necesidad vital. Seguramente, lo que andaba buscando él en esa situación de exclusión académica y de ostracismo era una manera honesta y directa de enfrentarse a lo real, por debajo de la retórica nacional-católica. En este punto habría tal vez un parecido, pero la diferencia es que a los exiliados esa ideología les resulta lejana, lo que les pasa es que les han zafado la tierra, el suelo, sobre el cual andaban. Los franquistas se quedaron con todo, como dice el célebre poema de León Felipe, y entre otras cosas con la realidad nacional, que la moldearon y conformaron a su antojo.

José Bergamín, al que hemos mencionado hace poco, lee el *Lazarillo de Tormes* de un modo muy peculiar y agudo. Se centra en aquel pasaje inolvidable en el que el protagonista es engañado por el ciego, al que va a servir, en el inicio del puente que atraviesa el río salmantino. Ahí se encontraba, y se encuentra todavía, un “animal de piedra” en forma de toro. El ciego le dijo al lazarrillo que se acercase al toro pues oíría “un gran ruido dentro de él”. En ese preciso momento, recibió un fuerte manotazo del ciego y se dio “una gran calabazada” con el becerro de piedra, lo cual fue recibido con las risotadas del burlador (Blecuña 96). Bergamín añade: “*Solo soy*, dice el recién despierto niño Lázaro, cuando aún resuena en sus oídos, tras el doloroso sentir de la calabaza contra la piedra, aquella terrible despedida materna: ‘Válete por ti’” (13). La cita recuerda aquel pasaje autobiográfico del director de la revista *España peregrina* en el que dice haberse dado cuenta de la realidad cuando dio en el suelo con todo el peso de su esqueleto.⁵ Seguramente, el golpe del exilio redobla, como en muchos otros autores, otros golpes existenciales de la infancia o de la juventud. La

⁵ Véanse los Fragmentos del Capítulo I del Libro “Recuerdos de Esqueleto” aparecidos en *Entregas de La Licorne* 1-2 (noviembre de 1953): 53.

piedra dura del destierro le hace ver el intríngulis cínico de la realidad establecida. Quizás por eso, o pese a eso, Bergamín reitera su apego a “una literatura que cree en la realidad del mundo, como Lazarillo, después de tropezar dolorosamente con ella” (1959, 20). Pero el exiliado no se conforma con esto, sino que de la dureza de la realidad extrae su irrealidad, lo que en otros textos llamará su novelaría. “La realidad del mundo es una maravilla cuando creemos en ella como si no lo fuera, como si fuera otra: esto es, cuando la irrealizamos poéticamente” (...) “Mundo y trasmundo para el hombre es su realidad que lo irrealiza; su irrealidad que lo realiza” (1959, 28).

El golpe del exilio es de primeras caer en la cuenta, con dolor, de que muchos de nuestros objetos queridos han desaparecido: los libros incautados, expurgados o quemados, los pisos saqueados, los empleos perdidos... Pocos exiliados no tuvieron este desgarró de verse amputados de lo que era parte sustancial de ellos mismos, pienso en Juan Ramón Jiménez, en Máximo José Kahn, en Ayala, y en tantos otros. Es conmovedor leer las cartas de María Zambrano a Cela cuando le recuerda en dos ocasiones el “estuche [de cuero] con tres frascos para agua de colonia” que le regaló cuando ella se casó en septiembre de 1936, y que se lo llevó consigo en todo su vagabundeo por el mundo hasta que un día desapareció (Cela 36 y 74). Da la impresión de que los exiliados se apegaron con intensa devoción a lo poco que pudieron guardar de la hecatombe. ¿No era al fin y al cabo este apego una manera de estar en casa en cierto sentido, de polarizar afectos fuera de la extra-vagancia de su vida de desterrados?

La familia, las amistades, eran —cómo no— un elemento aún más importante que sus objetos y espacios queridos. El pudor impedía muchas veces escribir públicamente acerca de la primera. Por un lado, los familiares y amigos perdidos en la guerra, muertos o pasados al otro bando. Por otro lado, los familiares y amigos, todavía en vida, en el exilio, pero alejados unos de los otros. El pudor no impidió la abundancia de las semblanzas en los escritores y ensayistas del exilio, uno de los subgéneros más cultivados por ellos. Pensemos en los textos de Max Aub reunidos por Mainer con el título de *Cuerpos presentes*, en sus semblanzas extraordinarias de Gaos o de León Felipe. Dice el autor de los *Campes*: “Cuando mueren los padres se va uno quedando solo; cuando se mueren los amigos ciertos se derrumba

una pared medianera. Queda el campo solo; oscuro" (225). La querencia por los amigos, compañeros del exilio, es la querencia por las redes sociales e intelectuales que les constituyeron y formaron en el periodo anterior al 30, pero, al mismo tiempo, y quizá más importante, la querencia por una compañía y un enriquecimiento mutuo en tierras ajenas. El amigo es el país presente, en acto, con toda su cordialidad, con todas sus aristas y vetas pasionales, es lo real, humanamente hablando, en la realidad confusa e impenetrable que viven. No quiero olvidar el ramillete de extraordinarias semblanzas de Francisco Ayala, pertenecientes a sus memorias, *Recuerdos y olvidos*, que parecen sustituir por momentos la voz del autobiografiado, las de Francisco Romero, con el que editó precisamente la revista "Realidad", las de Luzuriaga, Arconada, Ezequiel Martínez Estrada y otros tantos.⁶ La amistad puede ser un bien valiosísimo en tierra propia, en el exilio es sencillamente el oxígeno sin el cual toda vida (y en especial la intelectual) que se precie se hace imposible.

Quizá sea en los ensayistas exiliados más "solitarios" o, más bien, más deambuladores por el mundo, en donde el imperativo de la reintegración en lo real es más acuciante: en María Zambrano, por supuesto, en Ramón Gaya, en Rosa Chacel, incluso en Tomás Segovia, ya perteneciente a la segunda generación. En la novelista vallisoletana, la búsqueda incesante de lo real se realiza rebañando hasta la saciedad el misterio patente de los recuerdos infantiles y juveniles. Hablando del Pipaire, en Rodilana, ese pueblecito castellano en donde pasó de niña algunos veranos con su familia a comienzos del siglo XX, dice lo siguiente: "aquellas casas encaladas, frente a la inmensidad amarilla", aquello que tenía adelante, "aquella extensión reverberante tenía algo —si esto es concebible— superior a la belleza: era real". Tenía esa condición consistente en que cuando está en la belleza "emana confianza" (Chacel 105). Era una serenidad albergante que le permitía seguir creyendo en el mundo, pese a los embates y tormentas históricas que había sufrido ella.

Otro exiliado como Ramón Xirau, más joven, buscaba en los años 50 una cualidad de lo real que reconciliase al hombre con su mundo. No en vano, tanto Chacel como Xirau fueron lectores atentos

⁶ Véanse las semblanzas de *Recuerdos y olvidos*, Alianza Editorial, 2001.

de Bergson. Como el filósofo francés, prestaron oído a los datos inmediatos de la conciencia, pero de una conciencia especial, aquella que liberada del yo monolítico cartesiano se extendía, se abrazaba a lo real. Xirau, como Zambrano, Gaya o Segovia, certificaban en aquellos años el fin de las vanguardias, de la esterilidad de su pretensión de hacer desaparecer una presencia acogedora. En otras palabras, el arte había desacreditado la realidad, como diría Joan Fuster en el interior. Esta voluntad reintegradora la veía Xirau encarnada en la poesía, en la obra de los Contemporáneos, en Joan Maragall, en la obra de su amigo Octavio Paz, en Jorge Guillén, cuyo verso "Soy, más; estoy, respiro" (44-45 y 58) se vuelve un verdadero leit-motif de su seguramente mejor ensayo *Sentido de la presencia*. El "estoy", dice Xirau, es "una realidad concreta. Estar es respirar" (58). El mundo poético, según él, lo que tiende es a "concretizar la realidad" (68). Son estos "procesos de concretización y de concreciones" (68) (idea que recuerda a Whitehead, autor que fue introducido en el mundo hispánico por García Bacca e Imaz), los que definen las singularizaciones de las que están hechas nuestras vidas, aquellos elementos de la realidad que entresacamos para vivir y seguir adelante.

Ramón Gaya insistirá, desde sus primeros textos de los años cuarenta, tratándose en especial de Velázquez, en el hecho de que el creador trata de salvar la realidad, no embellecerla, sino revelárnosla en toda su pureza. En contra de las tendencias abstraccionistas en la pintura, que hacían residir en la superficialidad y en la estructura del cuadro su última realidad autónoma, Gaya recalcó infatigablemente que el cuadro, cuando era verdaderamente de un creador, era una quietud, un pozo, a través de cuya palpación, se desnudaba la realidad, se volvía real.⁷ En Tomás Segovia, amigo admirativo del pintor murciano, la suspicacia que compartía con él respecto a la crítica —literaria, en su caso, y no estética— residía en que le parecía equívoca cada su propensión a tratar un poema, una novela, como un objeto que se puede desmenuzar y explicar. No se dan cuenta, anota en su diario, de que el creador "tiene en la realidad una fe *enterada*" y de un modo

⁷ Tenemos desde hace poco, en un solo volumen, la *Obra Completa* de Ramón Gaya, Valencia/Madrid: Pre-Textos, 2010, una de las cumbres, indudablemente, del ensayismo del exilio y, en general, del ensayismo español de esta época.

muy zambrano y gayesco, añadía: “cuando estamos preparados para aceptar lo real, lo real *no puede* dejar de revelarse” (Segovia 125). Esta dimensión amplia y sutil de lo real, “misterio patente”, como dirá evocando a Chacel, es lo que palpará en el intersticio entre el mundo y el sujeto poético, entre el poema y el lector, o como dirá más tarde, en el sentido del mundo.

El exiliado vive a la intemperie. No tiene una casa acogedora que le proteja y le narcotice. Toda la búsqueda filosófica de Zambrano puede resumirse en la escucha de lo otro. Saber tratar con lo otro, con lo “cualitativamente diferente: tender puentes entre los abismos ‘existentiales’, que hoy se diría. Saber tratar con la mujer, el loco y el enfermo; saber tratar con el mundo que es siempre ‘lo otro’ [...] saber tratar con los muertos y sus sombras” (Zambrano 2006, 254), como dirá en su conmovedora carta a Alfonso Reyes. Ese otro es para ella lo sagrado, la dimensión oculta de la realidad, de lo divino, lugares del espacio, de nuestros recuerdos, cuya intimidad y extrañeza nos lastiman y nos curan. Es, en definitiva, lo real (Zambrano 1986, 33, 207 y 236).

Incluso en ensayistas más integrados en el país de acogida como José Gaos o más desenvueltos o desacomplejados con su identidad nacional como Ferrater Mora, el interés vital y metafísico por lo real es indudable. El no muy bien llamado eclecticismo integracionista del ensayista y filósofo catalán hay que insertarlo en una investigación plural, que al principio puede parecer confusa por las diferentes fuentes en las que se nutre (Ortega, Unamuno, Bergson, y, ya desde los 50, Wittgenstein) que trata de indagar, con ayuda de la ciencia, en la constitución de la vida y de la materia. Ya desde 1949, Ferrater afirma que la filosofía de tipo asistemática y fragmentaria “donde el castellano puede hacerse oír todavía, se llama sin ningún género de dudas: en busca de la realidad” (42). Gaos, de quien se recuerda más bien sus tratados filosóficos más o menos sesudos, escribió ensayos tan deliriosos como *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo* en donde expone una verdadera fenomenología de la caricia como trato por excelencia intersubjetivo. “No es simplemente que la mano puede acariciar sino que: es la posibilidad de acariciar lo que hace, lo que crea la mano” (63). La humanización del hombre reposa en la mano. El paleontólogo Leroi-Gourhan lo había defendido años antes. Pero

Gaos aporta algo más. La humanidad de la mano se debe a su capacidad de acariciar. La cultura es un tacto superficial de las cosas, de los animales y seres queridos, una especie de cordialidad intersubjetiva que solo un exiliado desprovisto del contacto con sus cosas y seres amados de España podía tener la finura de estudiarlo.

Creo incluso —pero sólo podría demostrarlo en otro momento— que constelaciones conceptuales, en sentido adomiano, tan importantes como las de impulso utópico, en Imaz, como la visión neomesianista de América, en Larrea, o incluso la problemática de la infinitud, en García Bacca, aunque parezcan desprovistas de todo amarre a la realidad, buscan en definitiva una especie de “transreal” en el que apaciguar las contradicciones dramáticas de las que está hecho el mundo y en el que confiar como *telos* reconciliatorio de la humanidad.

En definitiva y retomando muy rápidamente los hilos y cabos sueltos de la primera parte y de la segunda parte de esta contribución, creo que se podría parafrasear a Adolfo Sánchez Vázquez cuando decía que “lo decisivo no es estar —acá o allá— sino *cómo se está*” (572), aseverando que lo decisivo, por lo menos para la mayor parte de los ensayistas del exilio republicano, es *cómo se está en lo real* y no en qué realidad nacional se está.

Bibliografía

- ÁLAMO TRIANA, Isabel del: “Introducción”. Corpus Barga: Contando sus pasos. Primer viaje a América (La vida rota. Segunda parte) y otros textos inéditos de su juventud. Valencia: Pre-Textos, 1997.
- ÁLVAREZ, Federico: «Identidad y exilio». *Los hijos del exilio vasco: arraigo o desarraigo*. Eds. José Ángel Asuncion y María Luisa San Miguel. San Sebastián-Donostia: Editorial Saturarán, 2004, 37-47.
- ASCUNCE, José Ángel y María Luisa San Miguel, eds: *Los hijos del exilio vasco: arraigo o desarraigo*. San Sebastián-Donostia: Editorial Saturarán, 2004.
- AUB, Max: *Cuerpos presentes*. Biblioteca Max Aub, Fundación Max Aub, 2001.

- AYALA, Francisco: *Recuerdos y olvidos*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- BERGAMÍN, José: "Ahora que me acuerdo". *Entregas de La Licorne*, 1-2 (Noviembre de 1953): 51-69.
- : *Lázaro, Don Juan y Segismund*. Madrid: Taurus, 1959.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos: *Ensayos sobre la literatura del exilio español*. México: El Colegio de México, 2006.
- CELA, Camilo José: *Correspondencia con el exilio*. Barcelona: Destino, 2009.
- CHACEL, Rosa: *Desde el amanecer*. Barcelona: Bruguera, 1981.
- ELIO, M^a Luisa: *Tiempo de llorar y otros relatos*. Madrid: Turner, 2002.
- FERRATER Mora, José: «La filosofía y el idioma», *Cuadernos de la Universidad del Aire*, La Habana, 1949, incluido en J. Ferrater Mora, *Razón y verdad y otros ensayo*. Sevilla: Espuela de Plata, 2007.
- GAOS, Vicente: *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*. México: FCE/Universidad de Nuevo León, 1945.
- GAYA, Ramón: *Obra Completa de Ramón*, Valencia/Madrid: Pre-Textos, 2010.
- GRACIA, Jordi: *A la intemperie. Exilio y cultura en España*. Madrid: Anagrama, 2010.
- GUILLÉN, Claudio: *El sol de los desterrados: literatura y exilio*. Barcelona: Quaderns Cremà, 1995.
- HUGO, Victor : *Ce que c'est que l'exil*. París: Éditions de Équateurs, 2008.
- La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Ed. A. Blecua. Madrid: Castalia, 1986.
- LARRAZ, Fernando: *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.
- ORTEGA Y GASSET: *¿Qué es conocimiento?* Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- REJANO, Juan: «Esbozo de balance». *Artículos y ensayos*. Sevilla: Renacimiento, 2000.

SÁNCHEZ BARBUDO, Antonio: *Una pregunta sobre España*. México: Ed. Centauro, 1945.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo: *A tiempo y destiempo*, prólogo de R. Xirau. México: FCE, 2003.

SEGOVIA, Tomás: *El tiempo en los brazos. Cuaderno de notas (1950-1983)*. Valencia: Editorial Pre-Textos, 2009.

XIRAU, Ramón: *Sentido de la presencia*. Tezontle: FCE, 1953.

ZAMBRANO, María: *El hombre y lo divino*, México: FCE, 1986.

—: «Ortega y Gasset, filósofo español», *Revista Asomante*, San Juan, Puerto Rico, 1^a n^o1, vol. V (Enero-Marzo de 1949): 5-17; y n^o2, vol. V (Abril-Junio de 1949): 6-15. (Publicadas en *España, sueño y verdad*, Siruela, 1994: 81-109).

—: «Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe», *El Nacional*, 23 de septiembre de 1954, en *Días de exilio. Correspondencia entre María Zambrano y Alfonso Reyes. 1939-1959*. Compilación, estudio preliminar y notas de A. Enríquez Perea. México: Taurus/El Colegio de México, 2006.

ZUBIRI, Xavier: *Sobre la realidad*. Madrid: Alianza Editorial/Fundación Xavier Zubiri, 2001.